

La apología del cardenal Newman

BRAULIO FERNÁNDEZ BIGGS



Director del Instituto de Literatura de la Universidad de los Andes.

En 1864, desde las páginas de una revista de amplia circulación, el popular escritor Charles Kingsley atacaba a John Henry Newman de mentira y doblez. La acusación hería en lo más vivo los sentimientos morales de un hombre que había hecho de la verdad el centro de su existencia, la razón última que informaba su vida como cristiano, y que de paso detestaba la astucia interesada y la hipocresía. Kingsley desafió a Newman a que justificara su honestidad de vida como anglicano, habiéndose ya convertido oficialmente al catolicismo en 1845, ordenado sacerdote en 1847 y fundado la primera comunidad del Oratorio en Birmingham en 1848. Kingsley había dicho:

El amor de la verdad por la razón en sí misma no ha sido nunca virtud del clero romano. El P. Newman nos informa que ello no es necesario ni, a la postre, deseable. La astucia es el arma que el cielo ha dado a los santos para resistir a la fuerza brutal y de macho del mundo malvado que se casa y es dado en casorio. Sea o no correcta doctrinalmente su idea, es por lo menos históricamente cierta.

Dejando de lado la sorna, esto era del todo falso y hasta injurioso. Newman aclaró que –y más allá de los prejuicios populares que se habían sembrado en su contra– las acusaciones de Kingsley no tenían fundamento alguno. Escribió:

Yo no dije jamás, ni soñé nunca en decir, que el amor a la verdad por sí misma no sea virtud necesaria, ni a la postre deseable en el clero romano, o que la astucia sea el arma con que el cielo dotó a los santos para resistir al mundo malvado.

La cita es más larga y enjundiosa, y aparece en el prefacio a la segunda edición inglesa de la colosal obra que aparecería después «gracias» al debate con Kingsley. En efecto, el resultado de su respuesta –la historia de sus ideas religiosas– fue la notabilísima *Apología Pro Vita Sua (Defensa de su vida)*, preclara muestra no solo de fe, sino de talento, calidad y belleza literaria.

En dicho libro, quien años más tarde recibiría el honor del cardenalato (1879; y que fue declarado Venerable en 1991 por san Juan Pablo II, beatificado en 2010 por el papa Benedicto XVI y canonizado en octubre del año pasado por Francisco) relató con pormenores toda su evolución espiritual a través de un extraordinario testimonio; y que fue, al tiempo, la confirmación de que John Henry Newman, hacia mediados del siglo XIX en Inglaterra, era una de las plumas más sobrias y elegantes, un verdadero maestro del estilo.

Remontándose sobre la circunstancia concreta y el interés personal, replicó a su adversario –y, en cierto modo, al país entero– con la mirada puesta en la defensa de la causa católica; y florecieron en ello la coherencia y la honestidad personal.

Newman había iniciado años atrás el llamado «Movimiento de Oxford», que buscaba las raíces católicas de la profesión anglicana. De algún modo, ciertos clérigos no comprendían a cabalidad las causas religiosas de la escisión de Inglaterra con Roma desde los tiempos de Enrique VIII. Newman sostuvo que la Iglesia de Inglaterra, en su variante superior, que era la High Church, representaba una verdadera profesión de catolicidad. Sus seguidores oxonienses habían llegado a la conclusión, tras muchos años de estudio, que, salvo en lo tocante a la jurisdicción del obispo de Canterbury –excluyente de la del Papa en Roma– y algunas cuestiones formales concernientes y contenidas en el *Prayer Book* (verdadero catecismo anglicano), la High Church no era menos católica que la Iglesia Católica. A esto llamó Newman la «vía media», constituyéndose en el primer y más firme paso de lo que sería, años después, su confirmación total

de que solo había una verdadera y universal profesión cristiana. Es más: en 1841 publicó su famoso *Tract 90*, donde, entre otras cuestiones sustantivas, planteó derechamente que el Concilio de Trento había sido acertado. Con todo y por lo mismo, ya desde 1834 esta «vía media» fue duramente atacada por la desvalorización que hacía de la Reforma, puesto que dejaba fuera del concepto de Iglesia Universal a las restantes confesiones cristianas. «Mientras los símbolos de la fe nos dicen que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica, yo no podía probar que la comunión anglicana era parte integrante de la Iglesia una por razón de ser su enseñanza apostólica o católica, sin razonar en lo que comúnmente se llama corrupciones romanas; y no podía defender nuestra separación de Roma y de su regla de fe sin emplear argumentos en contra de las grandes doctrinas atañentes a Nuestro Señor, que son el fundamento mismo de la religión cristiana» (cap. IV).

El libro es uno de los más notables ensayos ingleses del siglo XIX, una verdadera joya narrativa, pero que tuvo como origen un artero ataque contra la coherencia y la honestidad. Muchos ingleses estaban profundamente irritados contra quien consideraron un traidor, aunque Newman no trataba sino de ser fiel a sus «descubrimientos». Dice en el prólogo del libro: «Me encontré de improviso obligado a defenderme públicamente y se me ofreció la oportunidad de defender mi causa ante el mundo, y como aconteció en efecto, con buena perspectiva de tener un auditorio imparcial. Sorprendido, como lo fui efectivamente, tenía más de una razón para preguntarme ansiosamente cómo saldría airoso en asunto tan serio; sin embargo, tenía de muy atrás hecho concierto conmigo mismo que, en el caso improbable de ser provocado personalmente por persona de renombre, mi deber sería aceptar el reto. Esta ocasión se presentó y acaso no se presentaría jamás».

Y lo logró. *Apología por Vita Sua* es un testimonio cabal, además de intelectualmente brillante, de grandeza humana, temple, honestidad sin mati



profundidad religiosa y, sobre todo, de fe. En tiempos en que la coherencia va en retirada, la palabra «ética» se manipula de lado y lado, y cuando más vale contemporizar que abrir el pecho para defender lo que se cree, una relectura de la obra de J. H. Newman puede ser muy alentadora. Aparte de que, en tiempos de ecumenismo, nos permite gozar de una de las plumas más insignes de la literatura inglesa de todos los tiempos. [®]